

# DESTIEMPO

Secretario: ERNESTO PISSAVINI - Av. Quintana 174

Año I

Buenos Aires, Noviembre de 1936

N. 2

## M E T A F I S I C A NO VA SIN PROLOGO

Con lo que yo ignoraba, lo que entendía a medias y lo que expliqué confusamente al escribir mi primer tomo de *Metafísica*, en el que di entera solución al Misterio, hay para llenar hoy 300 páginas en las que, gracias a contar con tales imperfecciones de aquello primero, gozo privilegiada oportunidad de brillar y abundar como pocos entre los autores de segundo libro para un mismo tema. Tan favorecida perspectiva y posición deparadas rara vez a un escritor —los metafísicos no somos de más suerte que otros en esto de tener oportunidad de escribir mucho en segunda vez por verse en caso de tener mucho que variar, contradecir, rectificar, retirar, llenar y desautorizar de un libro anterior—, me demanda tal severidad y certera elección del título de mi segundo libro que debe ser inmenurable desde el título, como conviene a tan famosa ocasión para lo perfecto que le sale a un si los hay autor de suerte, y que no desconfía de aprovecharla, que he preferido eludir la dificultad de exactitud completa del título de *tema*, escogiendo un título de fantasía, en lo que me conformé seriamente a mi antigua teoría de la ridiculez de los títulos de cuadros, sonatas, novelas, poemas, estatuas, falla infantil de todos los autores, cuando no se trata de libros de texto o de Tratados.

Escojo el título, pues, de "Psicología del caballo de estatua equestre", desechando los siguientes títulos que me tenían muy encantado: *Metafísica de un Dios experiencial*, un Dios con asombro de ser, *Metafísica de estatua de Condillac* adicionada de asombro de ser (este último título tenía mi predilección porque deseaba recordar a los metafísicos que su ciencia ya tiene cuatro estatuas y se está pareciendo a una plaza: la de Condillac, la de Mach, la de Husserl y esta que está entrando recién a la plaza, pues los inventarios de sensaciones que hace Mach y que Husserl hace bajo el nombre pomposo de Fenomenología, son rellenos de estatuas).

No sintiéndome bastante disculpado de mi segundo libro con lo que antecede, voy a recordar al público con cuántas calidades y largos de silencio creo haberme ganado su indulgencia.

Yo no he usado ninguna de las impertinencias, más bien candideces, de artista, a saber:

No he hecho arte explicado, es decir poema o chiste o música con explicaciones de las intenciones y recursos en ellos puestos.

No he usado la "disculpa", que obliga al lector a tener por buena la obra mediana en vista de que al tiempo de elucubrarla andaba el autor muy atareado bregando por el sustento, o con reumatismo, o con enemigos preocupantes, circunstancias que deben hacerle entender que, si no, la obra fuera perfecta; ni aquello de que "sólo me propongo modestamente llenar un notado vacío en esta materia y si eso he logrado, toda mi ambición en este librito queda satisfecha". Ni he hecho novela histórica asegurando que es cierto mi relato en lo principal.

Ni he hallado mi novela en un manuscrito, embotellado y flotante; ni he usado de aquello de "por la copia"

antes de la firma del autor; ni usé nunca vernácula para convencer de la autenticidad local que generalmente auténtica que el autor no estuvo en la Pampa que describe.

Ni he incurrido en el tedio terrible de la obra doctrinaria en diálogo (Platón, Berkeley, Malebranche, Schelling, Fichte, Proudhon, Comte), donde se ve temblando al discípulo en adoración del maestro gastando una modestia que no soporta objeciones, decirle aquél a éste, balbuceando: "¿No le parece, Maestro, que no es de noche sino de día?".

Ni he escrito poemas didascálicos, enseñando agricultura como Virgilio o zonas geográficas como Andrés Bello.

Ni he usado el personaje loco en novela para librar-me de la concienzuda preocupación de los novelistas por la unidad y congruencia psicológica de los personajes; el loco en novela funciona como la escena teatral en música: disimula el truncamiento y fracaso inventivo de la melodía; el loco en novela hace cuerda a toda la obra; sólo Cervantes usó el casi loco sin explotarlo, realizando la única gran novela insuperable que tenemos.

Ni he alegado como autor provenir de tatarabuelos; los que no publicamos haberlos tenido estamos admirando de dónde lo sacamos. ¿De cuatro horas de dormir en la Facultad? ¿Del horrendo opio de esos fumaderos de libros con Director de Biblioteca? (A mí, en la biblioteca, me asalta una preferencia terrible por el papel en blanco. Y me parece que nada debía de ser precedido de más variados prólogos postergadores (para no entrar tan pronto, como en un consultorio de dentista), que el recinto anulador de una biblioteca.

Hasta los sesenta años, casi, no me permití la primer precocidad. (No hay otra que la primera, el género no lo consiente; sería contradictorio; no es un género de seguir; no tiene constantes ni inconstantes; no es tampoco interrumpible). Y uso toda esta discriminatoria para que se anticipe de mí y se cuente conmigo en la *Metafísica* que prometen estas páginas.

Aunque me había jurado no escribir hasta tener algo para decir, llegaron los sesenta años y —Vea Vd., yo no era diferente de los demás— escribí. No sólo el silencio es prudencia; pero del silencio al libro es un paso extremo y lo prueba el hecho manifiesto de que de todas las obras humanas —aunque existe ¡la ópera!, las inauguraciones ministeriales de puentes, el recitado a la visita, las lágrimas periodísticas por el desalojo de una familia desamparada, las peticiones de los maestros de escuela y peor todavía los versos de los maestros al gran Sarmiento, y la oratoria preelectoral, y el Recuento de Votos con que nos dejamos gobernar (gobernado por el Recuento nadie es exigible de escribir el noble volumen que ávidamente se urge, interroga y atiende) — el libro es la más frágil, desentonable, irritable, fatigosisima de hacer, pieza de martirio destinada quizá siempre a la frustración, a descontentar, pues su valor y virtud ha de emular con un valor máximo y descansado, el del Silencio, que no tiene compromiso alguno con lo más difícil, desviado y precioso: el Tono, la involuntaria "verdad de persona" que nos publica en el libro.

MACEDONIO FERNANDEZ  
(Artista de Buenos Aires)

## LA CALLE SARANDI

No tengo el recuerdo de otras tardes que de esas tardes de otoño que han quedado presas tapándome las otras. Los jardines y las casas adquirían aspectos de mudanza, habían invisibles baúles flotando en el aire y presencias de forros blancos empezaban ya a nacer sobre los muebles oscuros de los cuartos. Solamente las casas más modestas se salvaban de esas despedidas invernales. Eran tardes frescas y los últimos rayos del sol amarillo de este mismo rosado-amarillo envolvía los árboles de la calle Sarandí cuando era chica y me mandaban al almacén a comprar arroz, azúcar o sal. El miedo de perder algo me cerraba las manos herméticamente sobre las hojas que arrancaba de los cercos; al cabo de un rato creía llevar un mensaje misterioso, una fortuna en esa hoja arrugada de olor a pasto adentro del calor de mi mano. En la mitad del trayecto de la casa donde vivíamos al almacén, un hombre se asomaba siempre en mangas de camisa y decía palabras pegajosas persiguiendo mis piernas desnudas con una ramita de sauce de espantar mosquitos. Ese hombre formaba parte de las casas, estaba siempre allí como un escalón o como una reja. A veces doblaba por otro camino dando una vuelta larguísima por el borde del río, pero las crecientes me impedían muchas veces pasar, y el camino directo se volvía inevitable. Mis hermanas eran seis, algunas se fueron casando, otras se fueron muriendo de extrañas enfermedades. Después de vivir varios meses en cama se levantaban como si fuera de un largo viaje entre bosques de espinas, volvían demacradas y cubiertas de moretones muy azules. Mi salud me llenaba de obligaciones hacia ellas y hacia la casa.

Los árboles de la calle Sarandí se cubrían de oleajes con el viento. El hombre asomado a la puerta de su casa escondía en el rostro torcido un invisible cuchillo que me hacía sonreírle de miedo y que me obligaba a pasar por la misma vereda de su casa con lentitud de pesadilla.

Una tarde más oscura y más entrada en invierno que las otras, el hombre no estaba en el camino, pero de una de las ventanas surgió una voz enmascarada por la distancia, que me perseguía — no me di vuelta pero sentí que alguien me corría y que me agarraban del cuello dirigiendo mis pasos inmóviles adentro de una casa envuelta de humo y de telarañas grises. Había una cama de fierro en el medio del cuarto, un despertador que marcaba las cinco y media. El hombre estaba detrás de mí, la sombra que proyectaba se agrandaba sobre el piso, subía hasta el techo y terminaba en una cabeza chiquita envuelta en telarañas. No quise ver más nada y me encerré en el cuarto oscuro de mis dos manos hasta que llamó el despertador. Las horas habían pasado en puntas de pie. Una respiración blanda de sueño invadía el silencio, en torno de la lámpara de kerosene caían lentas gotas de mariposas muertas, cuando por las ventanas de mis dedos ví la quietud del cuarto y los anchos zapatos desabrochados sobre el borde de la cama. Me quedaba el horror de la calle para atravesar. Salí corriendo desanudando mis manos, volté una silla trenzada del color del alba. Nadie me oyó.

Desde aquel día no volví más a ver a aquel hombre, la casa se transformó en una relojería con un vendedor que tenía un ojo de vidrio. Mis hermanas se fueron yendo o desapareciendo junto con mi madre. A fuerza de lavar el piso y la ropa, a fuerza de remendar las medias el destino se apoderó de mí casa sin que yo me diera cuenta, llevándose todo menos el hijo de mi hermana mayor. No quedaba nada de ellas salvo algunas medias y camisones

remendados y una fotografía de mi padre, rodeado de una familia enana y desconocida.

Ahora en esté espejo roto reconozco todavía la forma de las trenzas que aprendí a hacerme de chica, gruesas arriba y finitas abajo como los troncos de los palos borrachos. La cabeza de mi infancia fué siempre una cabeza blanca de viejita. Mi frente de ahora está atravesada de surcos como sobre el barro las ruedas de muchos coches, tantas fueron las muecas que le hice al sol.

Reconozco esta frente nunca lisa pero no reconozco más al chico de mi hermana, era tierno y lo creí para siempre un recién nacido cuando me lo dieron todo envuelto en una pañoleta de franela celeste porque era un varón. Me despertaba por las mañanas con una risa de globitos bañada de aguas muy claras y su llanto me bendecía las noches de saberlo allí a mi lado.

Pero la ropa que me entregaban algunas familias para lavar o para coser, las vainillas de los manteles, las costuras invadían mis días mientras que el chico de mi hermana gateaba, aprendía a caminar e iba a la escuela. No me di cuenta que su voz se había desbarrancado de un manera vertiginosa a los 16 años, como la voz de aquel compañero de colegio que le ayudaba a hacer los deberes. No me di cuenta hasta el día que pronunció un discurso ensayándose para una fiesta en el colegio; hasta entonces había creído que esa voz oscura salía de la radio de al lado.

Cuántas vainillas habré hecho, vainillas de manteles, y vainillas de bizcochuelo (pues no puedo desperdiciar la oportunidad de cocinar algunos bizcochos o dulces para vender de vez en cuando) cuántos ruidos y dobladillos habré cosido, cuánta espuma blanca habré batido lavando la ropa y los pisos. No quiero ver más nada. Este hijo que fué casi mío tiene la voz desconocida que brota de una radio. Estoy encerrada en el cuarto oscuro de mis manos y entre la ventana de mis dedos veo los zapatos de un hombre en el borde de la cama. Ese hijo fué casi mío, esa voz recitando un discurso político debe ser, en la radio vecina, el hombre con la rama de sauce de espantar mosquitos. Y esa cuna vacía, tejida de fierro. . . . .

Cierro las ventanas, apreto mis ojos y veo azul, verde, rojo, amarillo, violeta, blanco, blanco, así debe ser la muerte arrancada del cuarto de mis manos.

SILVINA OCAMPO

## De Cripta de Vida y Tránsito

Quieto cristal  
entre cielo y materia  
Luz adivinada  
entre angustia y recuerdo  
El duro roer  
acompaña este tránsito  
entre cielo y materia  
Éxtasis de luz y cristal  
solo materia de sueño  
entre angustia y recuerdo  
andando distancia arrepentida  
Atrás se quedaron  
muchos siglos ciegos  
Luz adivinada  
amanece por fin sobre el camino  
secreto que aproxima aquel deseado  
quieto cristal

MARCOS FINGERIT

## UN FRATRICIDIO

Está probado que el crimen se cometió de la manera siguiente:

A eso de las nueve de esa noche clara de luna, Schmar, el asesino, se apostó en la esquina por donde Wese, la víctima, al salir de su oficina tenía que doblar para ir a su domicilio.

Hacía frío; el viento nocturno calaba los huesos, pero Schmar sólo llevaba un traje azul muy liviano, cuya chaqueta, estaba además, desabrochada. Moviéndose continuamente no sentía el frío. Su mano apretaba firme el arma homicida desenvainada; era medio bayoneta, medio cuchillo de cocina. La contempló contra la luz de la luna; el filo brilló pero no lo suficiente para Schmar que lo dió contra las piedras del pavimento hasta que saltaron chispas. Quizá se arrepintió de ello, pues para reparar el mal, como si fuese el arco de un violín, lo pasó contra la suela de su bota, mientras parado en un pie, agachado, escuchaba el ruido del cuchillo contra la bota, y a la vez acechaba la calle lateral plena de fatalidad.

¿Por qué permitía todo eso el vecino Pallas, que, allí cerca, desde la ventana de un segundo piso, observaba todo?

Arcanos de la naturaleza humana!

Bien levantado el cuello de la "robe de chambre" que le ciñe el amplio vientre, Pallas, meneando la cabeza, mira hacia abajo.

Cinco casas más allá, en la acera opuesta, detrás de su ventana la señora de Wese, con una piel de zorro puesta sobre el camisón, espera a su marido que hoy tarda en llegar.

Por fin suena la campanilla de la puerta de la oficina de Wese, suena demasiado fuerte, para una campanilla de puerta, suena sobre la ciudad, suena hasta el cielo, y Wese, el activo trabajador nocturno sale de la casa, invisible aún desde la otra calle, donde únicamente lo anuncia el sonido de la campanilla; el pavimento cuenta de inmediato sus pasos serenos.

Pallas se asoma mucho; no debe perder nada de lo que ocurre. La señora de Wese, tranquilizada por el ruido de la campanilla, cierra su ventana en un tintineo de cristales. Mientras tanto Schmar se arrodilla y, como en ese momento sólo lleva descubiertos el rostro y las manos, los apoya contra las piedras; donde todo es frío, arde Schmar.

Justo en el límite que separa las dos calles se detiene Wese; únicamente con el bastón se apoya en la otra calle. Un capricho: el cielo nocturno lo seduce con su azul intenso y su oro. Ajeno a todo mira el cielo, ajeno a todo se alisa el cabello bajo el chambergó ladeado: allí arriba nada se conjuga para indicarle que ahí, muy cerca, está la fatalidad: todo permanece en su lugar absurdo e inescrutable. De suyo es natural que Wese prosiga su camino, pero al hacerlo va directamente al cuchillo de Schmar.

"Wese!" grita Schmar en puntas de pié, con el brazo extendido, bajando rápidamente el cuchillo, "Wese! Julia espera en vano!". Y Schmar encaja el cuchillo en el pescuezo de Wese, a derecha, a izquierda y, por tercera vez, profundamente en el vientre. De las ratas de agua destripadas sale un ruido semejante al que sale de Wese.

"Ya está", dice Schmar, y arroja el cuchillo, ese lastre sangriento y superfluo, contra la fachada cercana. "Beatitud del homicidio!. Alivio: el correr de la sangre

ajena, da alas! Wese, vieja sombra nocturna, amigo, compañero de ternura, como te vacías sobre este oscuro pavimento! ¿Por qué no eres simplemente una ampolla repleta de sangre, para sentarme encima tuyo y hacerte desaparecer totalmente? Pero, ay! no todo se cumple, ni maduran todos los sueños sangrientos: tus restos pesados yacen aquí inaccesible a ellos, para siempre, todo paso."

Pallas con el veneno revolviéndosele en el cuerpo está parado en su puerta de dos batientes. "Schmar! Schmar! He observado todo, no he perdido ni un detalle." Pallas y Schmar se examinan mutuamente. Pallas está tranquilo, Schmar no llega a conclusión alguna.

La señora de Wese acude presurosa, de cada lado la sigue una masa de gente. Se precipita sobre Wese: a él pertenece el cuerpo que arropa el camisón; la piel de zorro que cubre a la pareja como el césped a una tumba, pertenece a la masa.

Schmar, reteniendo penosamente las nauseas, aprieta la boca contra el hombro del agente que lo aleja de allí con pies ligeros.

Traducción de María Rosa Oliver

FRANZ KAFKA

## Los Novios en Tarjetas Postales

Se amaban en tarjetas postales pero ella no lo sabía.

Su padre era productor de tarjetas postales y le advinó el destino de estrella, pero, guardián de su virtud, la fotografiaba de la mano de nadie y después la unía mediante secretas superposiciones a un joven declarado al vacío.

Una amiga le dijo que la había visto retratada en posturas indecentes con un hombre y otra noche bajó a los depósitos y empezó a buscarse entre mazos de tarjetas recubiertas de páginas de libros siempre inconclusas y repetidas para infernal castigo de los autores y una vez estaba lejana con la misma bata de gasa verde sonriendo en un claro de luna sobre una escalinata en un lago a un muchacho con párpados caídos aureolado por el lema

*Te pienso*

o con el pañuelo celeste de gasa en un fondo castaño donde besaba al mismo muchacho y brillaba la palabra

*Eternamente*

Había temido encontrarse en el abrazo alcohólico e hirauto de un hombre y ahora se estremecía en la esperanza de hallar una manera de anunciarle su amor.

Se rebeló; emprendió un continuo cambio de posturas cada vez más forzadas; pero ignoraba si el muchacho atribuía algún significado a esos cambios o si no los notaba siquiera: las remesas de postales lo traían neutralizándolo. Pero después los dos empezaron a surgir en posturas inconciliables y distanciados por un vacío rígido que les gusta a las personas que no compran tarjetas postales. La alegría no fué duradera: la postura más cargada de reconocimiento amoroso la recogió un brusco bigotudo afeminado. Volvió a dejarse dirigir por su padre pero iba a poner un aviso en personas buscadas e iba a recorrer los talleres porque un novio de tarjetas postales queda impotente para otros oficios, pero a los pocos años las postales volvieron a traerla abrazada de su novio. No cometieron más imprudencias: se contentaron con el permanente noviazgo en imágenes donde ella tuvo de nuevo la iniciativa de las posturas.

ADOLFO BLOY CASARES

## VISION SOBREL TRILINEO

núo hi hial'diáfano pro empióme. el signo, grande ante mí, está claro en xeól umbro; escali tréppölo, entón encima fórmesele otro signo igual ke tamien trépp, i hidem idem, i así muitas vezes asta ke cánsóme, ya mui alti.

déitome nel último trilineo 'mo en tapíz, i flotó con él. otro tal trilineo acérkeseme y obsúbölo, i lueg'otro idem idem, etcé., nel mismo umbro núbido gris i brun.

luego penveö prum'planos, i caló ke son muros de cubicadas masbién celdas poco postas flotrah sin bamboleo ni choke, con senda puerta i sendo yogi encérrio en san pose, fen'muerio ho enrançio. pro vov hi mai'más casas, una sobre otra, pero no cofixas: es brun ciudá o gran convento de santoh solas na niebla, hai casas más altas, algunas mui torri con meyor santo encima, o epi flotro en c'lor'halo, i nun hol c'lumi sin muros, kiz'templo, hai otros kiz'más santos fixos en disniveles nel mismo g'ral san pose. trepi vou, casa sobre casa hasta la última, halti, de cuya'zotea 'mienze pampo bril'gris fen' 'tla sin nada ni nadie, i leqi un crepusc'o clar'gris i róseo. izkiér' notó cerca otra brun casa ke tiénteme, pues está nova i vacía pa yi vive p'ra la san ciudá.

miró yuso transueli, hi so ai gran trozos disrompios de otro tal pampo en umbro solo, pero preferó sube, i upa flotó hasta kentró ha otro lis'pampo con crepusc'o jaldo: yi volun'fazó casa clar'bruna con cúpulo, porén no obitöla, pues logo resubó ha terció pampo igual con çircun-crepusco blu, i yi volun'fazu bol'casa brun blúa, y yi métöme i san pósöme. kieru estar más upa i volun'suó tal con casa i too, pero en cierto nivél párömer. fus'blu cielo en pax ke miró desde nel run, i dehsoltó la casa ke ya tro péseme, ke levi caige globi al suelo, pero tampoco ne bejórome, pues tro pesó altiaki, i no subó más.

entón eu sóltömel hial'cuerpo ke levi caige pa la bol'casa, i upa eu entró pa otro nochí mundo vasto ke sólo miró circuncerca. sou ray ástrito entre plicruzio de gran hialos i cristales kerer reflexan leqi, ke maneñan luxedros i disrayos'mo lali. esto diure dichí, porén no noicálölo: kiz'ke mi propio brilho yoisto no dexemene.

cho' entón upasóltöme del ástrito i sou sólo unu negro fus'puntu, i subó pa otro noche solo do no sentó ni caló nada: es mí propio peki negri ke impídeme crusti.

mui viol'puqö i alfin ne resálgöme, ya sin ningún taro ni lembre ni gan', i sou pur'blis, pues no tenó forma ni límites; ra' perlexpándöme nel cosminoche infinito do too es puedi, hi too yi chi' pérdesse, i nostro mundo es fen' despuma i mi exvida sólo una bólhita pre crepi, mui yus'.

pero esa tum bolha mui atráigeme desdese mundo, i zás yi fulmicálgöme, ra' ensártinmen los varios mis cuerpos asta kes yus' este mundo, re.

XUL SOLAR  
(41.5378)

### (ésto está en criol, o neocriollo, futur lenguo del Continente).

**GLOSA.** Género común (epicoíno), palabras ke acaban en o. másculo en u. los géneros disúsaxne según convengan, kler'. verboh son regulares, participios terminan en ido, ho. lo. entre dos palabras dobles, español i portugués, la más cercana' i original o más sencilla llevé acepció más simple o más fsi, hi la más leqa lö más figúrido. palabras terminan en: lagan de adjetivo ho adverbio de modo ho, xi precedan, de ablativo ho instrumental, como en patille-so, ambizurdo; ami, en vez de amorosamente, cuerpi, en vez de corporalmente, almi, en vez de psíquicamente, etcé. eu, (común), seu, (máscull), sa, (fémíni) hi suó, (neutro ho abstracto, de lö), hagan xu, xeu, xa, xuó, en plural. j como en port, francés o casl inglés. u o

hache al revés es nuestra j fuerte española; h suene siempre o no escribexe. "ilde nasal del portugués. g siempre suave. x como sh, a la antigua; z como en port. francés e inglés, a española; ke es h (fonética) antes de otra s. xeól (da Biblia, hebr.) somundo almi (plano astrál, mundo del soño consciente, mundo dos muertos, etcé.) prum', de primo, plómada-vertical (mente). fen', manifest (amente), en apariencia, como en fenómeno, fenotipo, etcé. 'tla, abrevio de metálico. p'ra de pará, al lado. jaldo, mui amarillo. vol o volun', por voluntá. fase-to make, hage-to do. porém, pero, sin embargo. logo, pronto; luego, poco después. fus', abrev. de fusco, oscuro, confuso. blu, azul ciánico, cuasi de prusia. bol, de bola, esférico. eu, yo almi, más kel yo mundi; ego, yo superior. edro, geomplano (geometri), como en pitedro. cho, de choz (port. chofre) de repente, de golpe. blis, (inglés), beatitud, bienaventuranza. bolha, o bolla, burbuja. crep', de "reventar", explotar, precrepi antes de reventar. tum o tun, de tun o tunc, entón' (lat.) provisorio, temporario.

(esta glosa, más longa ke sa pretexto, puede nui sirve pa crioldrñl (ejercitarse en criol).

X. S.

## "QUIÓSCO"

### CONCIERTOS

Me gustaría en los conciertos, en la penumbra de los conciertos, deslizarne entre las filas de las plateas y, con toda cautela, observar los ojos de las mujeres, cuando, con las cabezas caídas, los cierran en dulce recogimiento. Creo que a través de los párpados echados sabría decir con certidumbre cuáles son negros, cuáles azules, cuáles verdes. Los ojos no se cierran igual para soñar que para dormir: establecería las sutiles diferencias. Cargado de sombras, de matices, de intenciones; me volvería a mi asiento y, al hacerse la luz, pondría la cara más fonta del mundo.

## "La mariposa y la viga"

### (AIRE AFORÍSTICO)

El cine no es ni siquiera crepuscular: debiera empezar a las doce de la noche, a la vieja hora de las brujas.

El cine va siendo tan necesario, si no como el pan, por lo menos como el postre.

Hay que ver dos veces una película: la primera para leer los letreros; la segunda para escudriñar los ojos de las estrellas.

El siglo XV se enamoró del garbo de la M para sus tres poetas: Mendoza, Mena y Manrique.

La distancia es una especie de posteridad.

FERNANDEZ MORENO (1956).

## VAIVEN

La frente palma echada sobre el sueño, mientras rebelde el corazón tremando, suelta el rojo ejercicio en un empeño de tizón que se quema y va luciendo.

Y la boca obsecada en el idioma que duele y resplandece con poema. El alto delator que entera toma mi pasión y la muestra en su dilema.

Es el vaivén del alma que perdura por leguas de amor terco sin contento ni árbol con la sombra del sosiego.

Y no se si me salva el sueño ciego, o si me entrego al desigual tormento por morir de un vivir en la aventura.

WALLY ZENNER

## Canción de los niños que se fueron al mar

Ea! Nada de canciones esta mañana;  
entonemos la garganta...

Mas... habría que cantarlos:  
Eran cinco, cuatro y uno.  
Uno vive, cuatro han muerto.

Cuatro se fueron al mar,  
por un caño de agua.  
Bayaderas indecentes esperaban  
meneando las caderas.

(Plumas de raídos plumeros,  
goterones de sebo,  
ratones desvalijados por los aguaceros,  
suicidas maritornes).

Ah, que lindo es el mar, el mar,  
el de nunca acabar...

Uno a uno desfilaron  
los niñitos,  
pavorosos pajaritos...

Nadie los hubiera querida tanto  
y los vimos deshacer.  
Ojo y oído en el intento  
de no dejarlos florecer.

La Academia lo disculpa,  
puesto que en el mataburro está Malthus.  
Pero Dios me los reclama:  
¿dónde apagaste su luz?

Ah, que lindo es el mar, el mar,  
el de nunca acabar...  
lleno de niñitos muertos.

Hubieran sido niñitas  
con cinta al pelo rizado,  
hubieran sido hombrecitos  
de lectura y de consuelo.

Los dejé ir hacia el mar  
por un caño de agua.  
Ah, que lindo es el mar, el mar,  
el de nunca acabar...

Tripas de venados tuertos  
se enriedan en su recuerdo...

Sajando carne marchita,  
oliendo sangre negruzca,  
nubecilla trunca,  
canción minúscula.

El conde Ugolino y no sé qué otro tío,  
fundamentan la barrabasada,  
la eugenesia y otros melindres,  
así, de pasada.

Se fueron al mar,  
pero en alguna parte me deben estar esperando,  
para gritarme: criminal,  
en esperanto,  
que es el idioma de los no natos.

Cuatro eran. Uno a uno desfilaron,  
— Indecisos huerfanitos —  
repujados de amibas  
y de crisoberilos.

Leve cardo en flor, el uno,  
el otro tambor mayor,  
uno más rector, como Unamuno,  
y una muchachita de mazapán.

Un poeta, un músico, un buen mozo,  
dos chiquillinas paseanderas,  
agarrando el sol con los dientes,  
masticándose a la primavera.

No respiraron ni leyeron,  
no besaron y se fueron.

Ah, que lindo es el mar, el mar,  
el de nunca acabar...

Para no marchitar el encanto  
de la mujer que los hizo,  
timidamente se fueron  
escurridizos...

Por no complicar la bolsa  
magra de quien engendró,  
a media noche partieron  
hacia el mar...

Ah, que lindo es el mar, el mar,  
el de nunca acabar...

En cada gota de agua,  
riendo se me aparecen,  
pollitos de linfa clara  
que al mojarlos se me mueren.

Eran cinco, cuatro y uno,  
uno vive, cuatro han muerto.

¿Comprendes tu que te quedas  
porque tanto amor te apega  
a mi invalidado derecho?  
Porque detrás de tus ojos  
los cuatro me están mirando...

Ah, que lindo es el mar, el mar,  
el de nunca acabar  
y lleno de niñitos muertos...

NICOLAS OLIVARI

## Sobre un Texto de John Masefield

### SEA- FEVER

Necesito salir otra vez hacia el mar, hacia el mar soledoso  
bajo el cielo infinito.

Y todo lo que pido es un alto velero, y también una estrella  
para así dirigirlo.

Y el brinco del timón y el canto de la brisa y el blanco  
tremolar de las velas tendidas.

Y una niebla grisácea sobre la faz del mar y el gris de una  
alborada que despunta indecisa.

Necesito salir otra vez hacia el mar, y atender al llamado  
de la marea inquieta:

Es un llamado recio, es un llamado claro, es un llamado el  
suyo al que nadie se niega.

Y todo lo que pido es un día ventoso, con un vuelo de  
nubes nacaradas y tenues.

Y espumas apacibles y espumas tormentosas, y además las  
gaviotas con su grito estridente.

Necesito salir otra vez hacia el mar, hacia una vida libre  
de gitano errabundo;

Por la ruta que siguen gaviotas y ballenas, hacia donde  
los vientos son tajantes y rudos.

Y todo lo que pido es una alegre hamaca de muchacho ma-  
rino risueño y andariego.

Y un dormir sosegado y algún sueño agradable, cuando el  
mundo engañoso se quede atrás, y lejos.

ANGEL J. BATTISTESSA

MUSEO

TRES FILMS

Tennis - Play

En una Cancha de Tennis  
juegan  
con una Pelota  
que uno arroja  
y que otro recibe  
y arroja de Vuelta con  
una Raqueta:  
y este es el sport  
de hombres - Nobles  
para cansar sus cuerpos.

J. A. Comenius: *Visible World: or a picture and nomenclature of all the chief things that are in the world.* (1672).

Sirve pues la Isla de Santa Elena en la escala del un mundo al otro, de descanso a la portatil Europa...

Baltasar Gracián: *El Criticón.*

Era en un amable nido de soltero,  
de risas y versos, de placer sonoro;  
era un inspirado cada caballero,  
de sueños azules y vino de oro.

Rubén Darío: *Muy Siglo XVIII*

Si alguno sospechare que un vecino guarda en su casa algo que le ha robado, podrá forzar la entrada de esa casa presentándose completamente desnudo con un cinturón de tela, llevando en las manos, delante del pecho, el plato de los sacrificios.

Gayo: *Las Institutas.*

De pie sobre mi mismo,  
me arrodillé en la alfombra de tus pasos.

Eduardo Gonzalez Lanuza: *Prismas*

La mayor utilidad de la Ilíada consiste en mostrar cuán necesaria es la unión y concordancia entre los jefes de un ejército.

Luzán: *Arte Poética.*

Es fama que esta sabrosísima fruta conviene a los enfermos afiebrados así como a los que están en salud. Los melones de agua o sandías se crían con facilidad y fortuna; lo difícil es preservarlos de los ladrones. Maravilla, pero así es, que muchos que por nada del mundo retirarían un centavo de la alcancía del vecino se rebajan sin embargo a robar la sandía. No nos espanta menos que un alma que profesa la fe cristiana, cuyo dogma es hacer a los demás lo que deseamos que nos hagan, particularmente un americano, que tiene por Credo Político la Independencia y la Igualdad se aventure a robar a un prójimo la joya más preciada en la Naturaleza: la Libertad.

Samuel Wood: *Cries of New York* (1808)

El mate es el cisne de la Pampa: canta cuando muere.

Juan Carlos Welker.

Luego por circunstancias económicas  
Tuvimos que mudar de domicilio  
Y abandonar la casa que mis padres  
Habían adquirido en Calle Oruro.

María Raquel Adler.

Esa frustración constante que hallamos en los films cinematográficos actuales es culpable del incesante vicio, quizás, que tenemos de ir al cine. Esa frustración fué este año frustrada con *Furia* — salvo la reverencia final, casi todo en ese film es como hubieramos deseado que fuera—. No puedo decir lo mismo de *Infamia* (haciendo omisión del libro que no he leído): nos da la nostalgia de algo tan bueno y tan irremisiblemente perdido en la expresión de esa chica asomada de noche al pie de una escalera, de esas dos chicas desesperadas una de crueldad y otra de docilidad fascinada. Lamento la belleza entrevista y no del todo perdida en ese film como lamento a veces la supresión de la reja del Jardín Botánico substituída hoy por una rejita de gallinero, el jardín subsiste, pero la reja? Las chicas subsisten pero falta la reja, falta el colegio, falta la gente grande que sufre y que hace sufrir.

Fuera de ese mundo de risas, de llanto y de pelo suelto hay un ambiente petrificado de film en tecnicolor que molesta el paisaje; es inútil que esas mujeres se despeinen, se pongan anteojos o se tizen la cara y que el hombre se vista de fiamblera: hay algo de irremediabilmente artificial en ellos de personas endomingadas que resalta especialmente al lado de esas chicas tan verdaderas.

Y ya que me he referido a esos dos films que enardecen la manía del cine, dos films que nos llevan al próximo film, nombraré uno que nos cura un poco de esa manía y es *El Desconocido*, tan ponderado por Borges.

Todo ese ambiente de misterio admirablemente hecho nos defrauda. Prescindiendo del Desconocido, (que uno desearía que no hubiera nunca encontrado una pieza vacía en ese hotel), podría ser bueno el film? No sé, pero me parece que nada resulta tan insoportable como esas conversaciones atormentadas de cinismo o de sugestión, todo está penetrado y averiado de antemano por la cursilería honda de la mirada de ese hombre detenido en todas las puertas. Y la mujer fea dolorida que llora en el barco y que se arroja al mar para salvar a la chica, no salva al espectador. Parece que el film entero se hubiera contagiado o más bien inspirado en los ojos de Conrad Veidt. A mi modo de ver lo que uno menos le perdona es el disfraz de film bueno con su inaguantable intensidad.

S. O.

Cuajada "La Martona"

Alimento desintoxicante aconsejable  
a los que hacen vida sedentaria.



Haga su cura tomando dos cuajadas  
diarias durante veinticinco días.

En venta en nuestras  
130 sucursales.

Gerencia: RONDEAU 1757 U. T. 23 - 2011 - 1047

Número suelto \$ 0.10